

PREMIO INTERNACIONAL  
ALFRED HITCHCOCK  
DE CUENTO BREVE  
**CUENTOS  
GANADORES**

ANDRE KANAYET  
FIDELA PEÑA  
HORACIO A. CARUSO

JUAN RAUL RITHNER  
DENECK INZUNZA ROMERO

RAMIRO PEREIRA BRIEVA  
GONZALO RODAS  
ROXANA HEISE VENTHUR  
RODOLFO EMILIO GIL  
ARIEL CARLOS DELGADO

NOTA: Los cuentos que no tienen nombre del autor no aparecerán en la versión impresa, pues estos autores olvidaron incluir sus nombres o enviaron sus datos en archivo separado sin indicar los títulos de sus obras participantes o simplemente sus datos no fueron incluidos o se perdieron o contenían algún virus y nunca fueron abiertos. El Jurado Premió no a los autores sino a los cuentos en base a la calidad de los mismos.

**Ediciones El Salvaje Refinado**  
[www.salvajerefinado.com](http://www.salvajerefinado.com)

## André Kanayet

### Vida En Una Casa De Vidrio

Mi nombre es Gaetano Ciccone, no vi morir a mamá; papá me cuidó el resto de mi vida, nací en 1963 en la que entonces era la pequeña ciudad pesquera de Génova en Italia, hijo de Adolfo Ciccone y Gloria Da Rosa, mercaderes de la ciudad, desde la segunda guerra cuando emigraron de Milano, me crié en una pequeña cabaña al lado del sucio mar mediterráneo, frágil y agrietado hogar que sin mamá se destruía poco a poco cada vez más.

Todos los domingos mi padre y yo atendíamos a los juegos de la Sampdoria en el Luigi Ferraris, mi padre era aficionado al Internazionale, pero hacía el sacrificio de ver a la Samp porque el fútbol era fútbol, desde que tenía cinco años me gustó, fui aficionado, aún lo soy, y jamás olvidaré el título del '91 con Vialli y Katanec, fue tal vez la sensación más grandiosa de mi vida y le agradezco a papá por inducirme en el mundo de tan precioso deporte; nunca me gustó la gente ni cualesquiera que fuesen sus intenciones por detrás de amarras, siempre necesité algo que me protegiera de ella, y sólo hasta hoy lo he encontrado; tal vez fuera por la trágica muerte de mamá cuando yo apenas cumplía 3 años; recuerdo el golpe moral, murió en un accidente automovilístico en la vía a Alessandria por la Serravalle, de esos que se ven en televisión que son estrellones de ciento un automóviles, fue horrible.

Mi padre fue un hombre bondadoso; poco después de la muerte de mamá compró con el dinero del seguro un velero que llamó “Gloria”, siempre se preocupó por mí, me enseñó a leer y a escribir, a jugar, a pescar, a navegar, a cocinar y a sentir; cuando quería apartarse, salía a navegar por las tardes naranjas y recordaba a mamá, y fumaba lentamente en la pipa de barro, mientras observaba los chillidos lejanos de las gaviotas y escuchaba el resplandor del mediterráneo, acariciaban su piel el gusto y olor del agua salada, la calma era absoluta según él, contaba que cuando hacía ese ritual se sentía a prueba de balas, intocable; mamá era sagrada, siempre dijo que yo era igual a ella, terco e independiente, por esa razón, mientras él navegaba, yo hacía mi propio aislamiento para apartarme del mundo, andaba por la playa con un libro a la mano, caminaba kilómetros, dejando hileras sin fin de huellas que pronto se cubrían con la arena arrastrada por el viento; caminaba y caminaba hasta que llegaba a mi sitio secreto, una piedra gigantesca que en la punta sostenía una cúpula de vidrio, a la cuál yo ingresaba; a ése lugar lo llamaba la casa de vidrio, y pasaba horas enteras leyendo acurrucado en posición fetal, recibiendo el calor del sol y la suave brisa marina; pasé veinte años en ella desde los ocho, fue allí donde aprendí quién era y donde pude reconocermé a mí mismo, cuándo me comportaba como otra persona la casa me lo hacía saber, nada me llegaba, ni me tocaba excepto mi reflejo y me sentía degradado, esperaba y esperaba dentro de ella hasta que las estrellas caían, yo estaba seguro que a las seis salía la estrella de mamá, la cuál me aseguraba de saludar todas las tardes de verano y contarle que papá se encontraba bien y cuidaba de mí; después bajaba de la casa y volvía justo a la hora de la comida; recuerdo que una noche cuando volví de la casa de vidrio, no encontré a papá; me asusté por supuesto, salí y grité su nombre, nadie

contestaba, pero seguí caminando interminables pasos hasta encontrarlo llorando cerca de un olivo; las lágrimas se le escurrían por las mejillas, así que lo abracé, nunca supe de qué se trató eso, no quise ni preguntar, pero sabía que papá necesitaba justamente eso.

Los años pasaron, y la casa de vidrio siguió allí, dándome el apoyo que necesitaba, me gradué de literatura y filosofía, sabía que con eso no ganaría dinero, pero se trataba de hacer lo que era mi reflejo; todos los días por la mañana ayudaba a papá en la pesquería, vendíamos miles de pescados al mes, era un buen y limpio dinero, papá hacía las cuentas yo las ventas, entre los dos la pesca; el fútbol y mamá siempre nos mantuvieron juntos, creo que como ya mencioné anteriormente, yo era terco e independiente, igual a mamá, pero cuando miraba a papá, era como verse en un espejo, pero no, veía a un anciano de 79 años que era exacto a mí, su sonrisa imprimía una imagen que jamás olvidaré, y que gesticularé por el resto de mis días; por las tardes cada uno cogía por su lado, él al mar y yo a la casa de vidrio.

Desgraciadamente para mí, peleé con papá el último día en que tuvo vida, no quiero hablar de ello, sólo sé cuánto lo lamento y como quisiera que hubiera acabado de otra forma, pero es así como termina ésta historia, a veces siento que soy el personaje ficticio de una mente perversa que me maneja a su antojo y me mueve como le parece; de no ser así mamá no hubiera muerto cuando yo cumplía tres, no habría ido al fútbol, no me hubiera subido a una cúpula de vidrio y más importante aún, no habría muerto papá peleando conmigo por un tonto partido de fútbol, sino habría acabado en cama llorando, ambos derramando caudales de agua salada; pero a veces siento, que él, que me maneja es benévolo y me mantiene intacto, como en una casa de vidrio irrompible, protegiéndome y haciendo lo que crea es más conveniente

para él, no para mí sino para él, definitivamente es una situación pierde-pierde, ojalá yo pudiera escoger y contar mi propia historia, lo único que me consuela es creer que él tampoco cuenta su historia; y ahora me encuentro pensando en eso mientras él me observa; ya no puedo volver a la casa de vidrio, en la que me sentía a prueba de balas, donde nada podía tocarme, ya no soy el mismo y ahora me siento tras una fina pared de hielo que me separa de un mundo real y me sumerge en uno irreal; ahora comienzo a navegar y me dedico a ver el mediterráneo, fumar y saludar las estrellas de papá y mamá.

Fidela Peña (Argentina)

## El Señor Chain

El señor Chain dispuso nuevos horarios para los jornaleros y reacomodó sus libros de Bancos. Llamó a su abogado y discutieron largo rato. Días aciagos, el negocio iba de mal en peor. Chain determinó estrategias de venta, bajando precios hasta casi el costo y, por cada dos artículos que llevara el cliente, éste recibía un obsequio. Alargó los horarios de atención, ya no habría descanso en sábados y domingos, la carpintería funcionaría como si esos días también fueran hábiles.

Pero pasó el tiempo y las finanzas de Chain se tornaban inmanejables. Cuando comenzó con el negocio hubo una época floreciente, él fue conocido como “el dueño de la carpintería grande, el de la casa con parque, el del coche último modelo”

También fue frecuente oírlo despedirse, partía hacia Egipto, hacia Europa, o el Caribe. Quería pasear y descansar. A pesar de las buenas épocas, nunca gozó de un estupendo carácter. También era conocido por eso, de a ratos bien, y de a ratos, zás, un malhumor de proporciones lo invadía sin remedio; terminaba su día ensimismado en sus cuentas, maldiciendo su condición de huérfano y convocando a la muerte como única salvación para su alma castigada.

De a poco, el malestar financiero se instaló como una enfermedad crónica. Junto con la debacle económica de Chain, sobrevinieron años de desventura para quien se le acercara al otrora floreciente comerciante maderero.

Este buen señor - pues ciertamente lo era -, se acomodó física y espiritualmente en una actitud de rechazo hacia todo. Obediente a su consuetudinario mal humor, se levantaba muy temprano - ya gruñendo - y enfilaba hacia los galpones, emplazados a pocas cuadras de su vivienda.

Apenas llegaba y sin saludar, hacía recuentos de toda la mercadería existente en el salón; sus empleados - a esta altura - eran de baja calaña, así es que no hacían el más mínimo esfuerzo para que las cosas funcionaran o alegraran por un instante al patrón.

Luego de hacer la aburrida enumeración diaria de sillas, mesas, sillones, mesitas ratonas, estanterías y hasta seis revisteros que nunca eran movidos de su lugar por orden de Chain, éste traspasaba la puerta que separaba el local de la fábrica, y fruncía su cara debido al ensordecedor traqueteo y chirriar de máquinas y sierras. A su paso pateaba varillas, sobrante de algún costado de mueble, fondos de cajones o pequeños pedazos de terciado que quedaban en el piso.

Allí también hacía un recuento cotidiano de material en bruto: patas sin tornear, cajoneras, frentes de placards, tablas ovaladas y redondas para las mesas, cabeceras y pieceras de camas dobles o chicas. Así pasaba el día, sin hablar con nadie, salvo excepciones en las que le avisaban que alguien solicitaba un presupuesto. Entonces contestaba el teléfono. El señor Chain fumaba puros desde el mediodía en adelante. El potente olor y la espesa humareda eran un factor - menor por cierto -, que ahuyentaba clientes, sobre todo mujeres.

Una mañana, el empresario tenía un enojo combinado con tristeza, bastante difícil de definir, apenas entró a su negocio encendió su primer cigarro, y no eran más de las ocho y veinte.

Cerca de las tres de la tarde apareció un auto que estacionó despacio frente a la puerta del comercio. Una señora rubia y gorda, con cadenas de oro, descendió con dificultad abriendo la puerta del lado del acompañante. Mientras, un anciano vendedor y el mismo Chain observaban atónitos como avanzaba toda esa mole hacia ellos. Casi atacándolos. La enorme mujer se detuvo a unos pasos de la puerta del local y comenzó a los gritos:

- ¡ Me ahogo! ¡Socorro! ¡Hacé algo, infeliz, me ahogo!

El hombre, evidente marido infeliz, bajó del auto para socorrerla, la sostuvo con esfuerzo mientras él también luchaba con un humo denso y maloliente que salía del negocio.

El señor Chain y su empleado, que habían tenido la ilusión momentánea de hacer una venta - la primera en meses -, vieron desvanecerse sus deseos cuando la gorda volvió al automóvil, arrastrada por su marido miope, en medio de exabruptos y disquisiciones acerca de la contaminación del medio ambiente, la falta de cuidado para tratar a los clientes y amenazas de denuncias en secretarías y ministerios.

Fabricante y empleado vieron alejarse el vehículo y mascullaron al unísono algo acerca de los varones dominados. Chain siguió ensimismado en sus desprolijas y eternas cuentas, en libretitas de tapas dobladas y hojas ennegrecidas de tanto manoseo.

Así siguieron pasando los meses. Las ventas mermaron al punto máximo que soportaba la infraestructura comercial del señor Chain. Se vio rodeado de acreedores, el gerente del banco le cerró los créditos y amigos a quienes acudió intentando cobrar deudas de antaño le cerraron las puertas en la nariz.

Se sumaba a este desastre el ya de por sí mal carácter del infortunado comerciante. Su aspecto físico acompañaba su humor endemoniado; dejó que su cabellera canosa creciera y fue descuidando su higiene. Fumaba y casi no comía, por lo que al llegar a su negocio, su figura se recortaba como un espectro a contraluz, en la puerta de entrada. Los pelos largos al viento, el rostro envejecido y demacrado, sus piernas flacas y la ropa como colgajos. Este hombre de mediana edad aparentaba un centenar de años con su imagen, y escucharlo hablar entre toses y gruñidos, planteaba una adivinanza.

Había reducido a medio día el horario de su único empleado, así que pasaba las tardes rodeado solamente por una docena de muebles polvorientos, ya que no podía proveerse de madera para fabricar siquiera un banquillo. Ese jueves era el peor día de muchos últimos; desayunó una infusión que preparaba con yuyos que crecían en el fondo de su propia casa, y había recolectado en un papel de diario todas las colillas de cigarros para fumárselas en la soledad vespertina.

El señor Chain estaba sentado en su viejo sillón destartalado, con los brazos cruzados sobre el escritorio lleno de papeles amarillentos. Se oía una rata royendo una pila de maderas en un rincón del local. El hombre miraba hacia el exterior a través de un redondel que él mismo había hecho con su manga, en la suciedad de la ventana cuando algo lo sacudió de su depresiva dormidera: por la calle del frente de su local, desfilaba lenta y ordenadamente un cortejo fúnebre. Chain se estremeció como si al paso de los coches le llegara una ráfaga helada. “Ése sí que tiene suerte”, pensó. Y siguió en voz alta, casi gritando:

- “...la muerte, el verdadero fin de los problemas, el real acercamiento a la paz! ¡La despedida final a cuanto me tortura”

Caminó hacia la puerta, abriéndola, corrió hacia el medio de la calle como loco, saludando a los carruajes que se alejaban, ausentes de cuanto sucedía metros más atrás. Chain logró atraer a los vecinos que se asomaban a sus ventanas para oírlo:

- ¡ Parca! ¡Siempre serán pocas las loas que este humilde servidor pueda ofrecerte, no me alcanzan los vítores para ensalzarte como es debido! ¡Tú eres la única dueña de la verdad!

Bailaba en medio de la calle dando giros y brincos. Así un rato hasta que comenzó a toser; de memoria entró a su guarida y encendió un cuarto de puro que había reservado en el cajón de las herramientas. Se sentó en el sillón cuidando que los resortes que le salían no le engancharan su ya deshilachado vestuario, y tomó un lápiz. Al principio hizo unas líneas paralelas y siguió con unos garabatos; de repente comenzó con un monigote y tejió una maraña entre imágenes, recuerdos, penas obsesivas; hasta que una prolija sucesión de ilustraciones iluminó el papel y aquél instante de Chain y sus penurias.

Terminó con su dibujo y, acercándolo a la lámpara, revisó minuciosamente las secuencias: el monigote - personaje central - era colocado por otros dentro de un féretro, de allí lo llevaban a la parte trasera de una camioneta y lo trasladaban al cementerio más cercano. Una vez sepultado, los otros personajes de la historieta, volvían a su rutina: cargaban otro cadáver en otro cajón, en otra camioneta y así hasta terminarse el papel, pero dando acabada idea de una historia cíclica, continua.

Chain cerró con llave la puerta del local que daba a la calle. Apagó la lámpara y le sonrió a una laucha que se cruzó camino a la fábrica, tanteó en la pared la llave de luz general de la sala de máquinas y la encendió.

El espectáculo era espeluznante, telas de araña cruzaban del techo al piso con consistencia de sogas, el polvillo acumulado era tanto que sólo él, por ser el dueño del establecimiento, sabía qué había debajo de cada montículo: sierras, cepillos, el tupí, la pulidora. Cientos de cucarachas estampaban las paredes, corriendo veloces y asustadas frente al primer ruido en meses. El comerciante sacó de su bolsillo un pedazo de cordón y se ató la cabellera, despejándose la cara.

• • A trabajar -, dijo, y tomando una escoba desvencijada barrió

por encima de algunas máquinas y buscó los cables y tomacorrientes. Puso en funcionamiento la sierra y la pulidora. Ya no quedaban insectos a la vista y el comerciante parecía emerger de un sueño, en medio de la nube de aserrín y tierra en la que se movía con destreza, riendo con todas sus ganas.

Pasó el resto de ese día y toda la noche trabajando dentro de la carpintería; y a la mañana siguiente, cuando llegó el anciano que tenía más como compañía que como empleado, lo encontró sentado sobre una pila de viruta, completamente dormido. Al acercársele, su patrón dio un salto y, sin decirle nada, lo abrazó casi al borde de las lágrimas. Los dos hombres permanecieron en silencio por un rato, mientras acomodaban los pocos muebles en un costado del salón. Dejaron solamente la mesa ovalada para ocho personas y Chain indicó a su dependiente que le diera una buena pasada de cera. Allí colocarían “el milagro” como llamaba el comerciante a su trabajo recién terminado. Entre los dos subieron al vistoso féretro encima de la mesa y juntos iniciaron la tarea de limpiar vidrios, barrer, desempolvar el cartel de la entrada y fabricar otro que anunciaba: “Próximamente fábrica de ataúdes”.

El viejito se encargó de llamar por teléfono a los carpinteros despedidos y convocarlos urgente a presentarse por inesperada demanda de trabajo.

# Horacio A. Caruso

Email: [hcaruso@volta.ing.unlp.edu.ar](mailto:hcaruso@volta.ing.unlp.edu.ar)

## LOS LADRONES

No recuerdo para qué había entrado al living. Con esta vieja enfisema a cuestas, ¿quién puede recordar cosas?

En ese momento me pareció ver dos pequeñas sombras que huían por la ventana. Abrí la puerta de calle y ví entrar a los dos infantiles rateros en la casa de enfrente, donde vive el Adolfito con la borracha de su esposa. Y esos dos pillos.

Me propuse que era el momento de terminar con los hurtos, ahora que tenía una prueba evidente, con los reos por fin bien identificados. Crucé por el pavimento todavía mojado, y cuando ya estaba por golpear a la puerta (confieso que indignado y furioso, dispuesto a cualquier pelea), se me aparece el Adolfito con los dos platos de cerámica recién robados. Creo que pedía disculpas, y sonreía con tristeza.

Todavía no me había repuesto de la sorpresa por haber recuperado con facilidad esas piezas tan delicadas, sin necesidad de trifulca, cuando se asoman los dos malvivientes con las tenazas y pinzas que me había regalado el Tío Alfio antes de exiliarse en Uruguay en el 45. Ya casi había olvidado esas herramientas tan útiles que los dos precoces masturbadores traían en sus manos.

Depositaron el botín sobre la vereda de la choza donde habita esa familia de malhechores tan extraños. Yo miraba mis cosas, entre sorprendido y contento por el reencuentro. El padre y los dos hijos desaparecieron (pensé que la gavilla no toleraba más vergüenzas), pero al rato se asomaron, cargando la mesa de madera de naranjo sobre la cual había estudiado toda mi niñez. La pusieron patas para arriba, como si fuera una plataforma de carga, y entraban y salían de la casa con más objetos. Los depositaban sobre la mesa invertida.

Los tres serruchos de distinto tamaño con los cuales podaba mis frutales, unos monederos de cuero que había comprado en Colombo, los cinco tomos de mi diccionario, un cuatro venezolano, la escalera de madera (la alta, no la metálica), mis ollas de acero inoxidable, la vitrina con mi colección de mariposas.

Los tres taimados me miraban sin malicia, y como pensé que ya habían terminado con el arrepentimiento les pedí ayuda para transportar todo a su lugar. Pero entraron nuevamente a la casa y al regresar pusieron sobre la vereda la cama grande que guardaba para mis invitados (junto con el colchón), mi álbum de fotografías viejas (en blanco y negro, por supuesto), un juego de copas de cristal ahumado (todavía guardado en su caja de cartón), la máquina de escribir, un teléfono viejo con dos guías telefónicas de hace décadas, un canasto de mimbre para la ropa sucia, un perchero de madera con dos sombreros míos allí colgados, mi paraguas.

Ya no me preocupaba por el inventario porque me había entretenido con las incrustaciones de nácar sobre las patas de la mesa de madera de naranjo (el paisaje de un lago con el botecito de un pescador en el medio).

El Adolfito no dejaba de sonreír y de pedir disculpas mientras los dos delincuentes entraban y salían de la tapera, con una estatuilla de bronce, la gran maceta con mi helecho (¡cuánto tiempo sin verlo!), unas plantas de tomate con los frutos todavía frescos, una radio a válvulas, un velador con pantalla verde.

A la semana siguiente golpearon a la puerta, muy temprano, a la mañana. Cuando observaba por la mirilla encontré tres caras distorsionadas que me miraban sonrientes. Era la banda de ladrones. Detrás de ellos otra montaña de cosas frente a mi casa. Distinguí un cajón de madera con viejas cerraduras, mi caleidoscopio, un ventilador de pié (giratorio), una acuarela de porquería, dos rollos de una película de los hermanos Marx y el proyector de cine (mudo).

# *Juan Raúl Rithner*

## *Pacto Por Un Blues*

- Tenés que ganar, Caíto... Hay Jendrix y hay Stevie en tu estilo... ¡Hay mucho Stevie! Por ahí te saltan cosas que parecen Santana... ¡Pega, loco! ¡Pega! Tenés que seguirla aunque los de acá no te den bola... Estás para la grande, Caíto... No me aflojés ahora...

- No me sale lo que quiero decir. Quiero letras que partan la cabeza...

*Siempre las mismas respuestas: "Tené paciencia, flaco, que vas bien. Ya te van a salir."*

*Siempre, siempre lo mismo; hasta Palo le decía lo mismo: "Tenés que darle y esperar ¿viste como es? Escribí mucho... Un día te van a salir"*

*Caio había escuchado acerca de la Salamanca que estaba cerca del río. Aquella noche de asado con parientes de las chacras en la casa preguntó acerca del tema. Se lo explicaron sin vueltas. Le contaron con naturalidad todo lo que sabían. Hasta el puente habría unos siete kilómetros y de ahí, desviándose de la ruta, era necesario andar unos dos mil metros a pie, como quien va hacia la cordillera.*

*Al principio, Palo se negó a llevarlo. Un par de caricias lo convenció. Montaron. Atravesaron la ruta. En el camino hacia el puente sintieron un estremecimiento frío.*

- ¿Viste cómo cambia la temperatura cuando salís de la ciudad? Entrás en la zona de chacras y ¡zas! ¡el aire se pone frío!

*A Palo le pareció que su moto empezaba a autoconducirse:*

- Casi ni maniobro, loco. ¡Es una máquina esta cosa! Va sola ¿viste cómo es?

*No le permitió que lo acompañase. Se besaron en la boca, Palo se recostó en la baranda del puente y el músico empezó a andar los dos kilómetros, la guitarra colgando, los pasos como brazadas sobre la tierra despareja, los borceguíes caminando fácil sobre la piedra.*

*Allí estaba la entrada, fácilmente reconocible. ¿Cómo no la descubrió antes habiendo recorrido esos lugares durante tantos años?*

*Todo estaba tal como se lo habían descrito: caranchos revoloteando, los ojos de una lechuza suspendidos en el aire, una melodía envolvente que llegaba y se iba con los golpes de la brisa, la entrada oscura, un túnel azufrado... y Él. Le pareció un tipo corriente, hasta demasiado común. Las pruebas: Tres. Las cumplió. Temió sí, pero venció el temor.*

*El costo del servicio (el usual: el alma) fue aceptado. Para seguridad de las partes, ya que al honor y la palabra los humanos le habían hecho perder su valor original, se firmaría un pacto. Sencillo, con las presencias que había allí jugando de escribanos.*

*Él lo hizo con un fuego líquido que emanó de su diestra cuando la posó sobre el papel. Caio arrancó una número 10 de su Fenders, la primera, y se frotó el índice y la base del pulgar izquierdos hasta que saltó la sangre.*

- ¿Por qué el tajo en esa mano?

- Soy zurdo. ¿Tanta sabiduría y eso no lo sabés?

*Fue el tiempo de las cláusulas. Cantaría lo que Él le soprase al oído los martes, cerca del amanecer. Los viernes nó; con esto de que cada vez había chicos de menos edad en las discotecas, los fines de semana tenía que duplicar esfuerzos para manejar las energías.*

- “Vestido de formal, transgresor o careta, de hombre que destila masculino y de callejera hambrienta...”: *Un casete grabado en un ensayo, el primo de Palo guardándolo en su mochila por error al viajar a Buenos Aires, una reunión de amigos y conocer allí a un flaco piola con padre con plata bancándole sus inicios como productor, el hallazgo del casete ("¿Y esto qué es? ¡Mirá lo que me traje!"), la audición ("¡Qué bueno eso! ¡Por favor! Pongan esa voz de vuelta"), otra audición, un telefonazo, grabación,*

*la maquinaria de los medios en marcha, armado de gira, demanda de recitales, el blues argentino ahora es Caio y guitarra solos se acabó el tiempo de las bandas y los shows, el interés de MTV, compactos con sello Mercosur y hasta los del ALCA avalando. En dos años: Chile, Venezuela, México, los latinos de EE.UU., España, sur de Italia, Marsella, África.*

“Junio 8. Te extraño... Soy feliz por vos, pero te extraño... Te siento confundido. ¿Quién es ésa que te enganchó? No te lo digo por celos pero cuidáte ¿viste cómo es? No puedo creer lo que me dijiste por teléfono. ¿Estabas mal ese día? ¿De verdad que creés que lo nuestro ya fue?”

*Desde que la muchacha lo inició en el culto, los martes fueron doblemente sagrados para Caio. Al atardecer eran los ritos en aquella casona del siglo XVII y, antes que amaneciese: recepción de letras nuevas, de yeites impactantes y de extraños arreglos.*

*Su donación de todo lo ganado en la última gira a la iglesia de la que se había hecho adepto se difundió antes de su regreso al país. Contra lo previsto, bajó de los ránkings y en una semana desapareció de los medios más comerciales.*

*El 20 de junio, al verlo descender del avión, Palo comprendió. Sólo una joven periodista de una FM de Flores le pidió declaraciones para descubrir después que el grabador, extrañamente, no había registrado la entrevista, aunque sí la realizada a La Orilla Blues que llegó en el mismo avión, con todo el montaje de recepción: pancartas, cámaras y flashes. A Caio, sólo Palo lo esperaba.*

- Dicen que hay tres formas de quebrar el pacto, Caio. Una es ir a enfrentarlo a su casa. Otra es que cuatro amigos te velen la noche de San Juan y que se aguanten hasta el alba. ¿Quién va a ir? Yo sí, pero faltan tres. Nadie se anima ¿viste cómo es?

*El músico caminó, solo, hacia el encuentro con Él. Los siete kilómetros hasta el río lo distendieron pero el cruce del campo se le hizo denso, insoportable. Palo respetó el pedido del amigo y esperó en la casa. Por la radio se enteró que un llamado anónimo había puesto al tanto a los periodistas y que éstos lo esperaban frente a la cueva. Nuevamente Caio era noticia. Arrancó la moto. Salió hacia el río.*

*El humo denso, los gruñidos de pumas y las aves de rapiña que impedían el ingreso al periodismo no amedrentaron a Palo pero ya era tarde: al cuerpo de Caio, desvanecido, se acercaban iguanas, ratas y caranchos.*

*Cuando corrió a auxiliarlo y el jinete del caballo blanco se le interpuso, Palo recordó que había un tercer conjuro: arrancó las seis cuerdas de la Fenders y se abrió el pecho con ellas.*

*Con un tirón seco y riendo a carcajadas, Él le arrancó el corazón.*

*- ¡Caio! ¡Caio Blues! ¡Caio, el rey! - aclamaron los periodistas al verlo salir con el cadáver de Palo abierto en dos sobre sus brazos.*

*En la ciudad, la noche del 24 en la que Caio se arrojó al río, radios, voces y canales televisivos repetían hasta el exceso: "Vestido de formal, transgresor o careta, de hombre que destila masculino y de callejera hambrienta..."*

Deneck Inzunza Romero (México)

-Mail: [inzunzaromero@prodigy.net.mx](mailto:inzunzaromero@prodigy.net.mx)

## *LOS CAZADORES DE LLUVIA*

*“... Kings of the highway, we will be...”*

**Chris Isaak**

La sirena de la patrulla de la Policía Federal de Caminos tenía como cinco minutos reflejándose en el espejo y atrás de nosotros cuando decidimos que era mejor bajarle a la velocidad, de 160 Km/Hr (*“lo normal”* diría un viejo conocido de ambos) a tan sólo 120; y entonces los patrulleros de la autopista nos dieron alcance y nos conminaron a detenernos sobre el acotamiento. Aún con la presencia de la autoridad a un costado de las ventanillas, hubo primero que terminar de escuchar la canción de Bosé que estaba en el ambiente de la cabina; después, ya encañonados por las .45 y .380 de los

patrulleros, apagamos el estéreo y pusimos las manos en el tablero para instantes posteriores bajar del carro con las manos en la nuca. Sin embargo, y a pesar de nuestra actitud no premeditada sino enfermiza, los oficiales no nos esposaron. Procedieron, primero, unos, los iniciadores de la persecución, a invitar a hacer retirada a los otros, los refuerzos que llegaron a sumarse al alcance. Nosotros, ambos con las manos puestas sobre el capacete del auto y con las piernas abiertas a distancia, fuimos cuestionados por uno de los patrulleros al tiempo en que el otro comenzaban a revisar el vehículo. “¿Por qué iban tan rápido?”, preguntaron ellos con confusión. “Porque se nos escapa la lluvia”, contestamos nosotros al unísono con la claridad total que nos brindaba nuestro objetivo durante todas las noches de los últimos dos años.

“Éstos son Los Locos”, dijo uno de los patrulleros que habían venido de refuerzo y que estaba a punto de irse, pero alcanzó a escuchar lo que contestamos. Radiaron y más tarde regresaron los que ya se habían ido para dar constancia de nuestro arresto, y para trasladarnos al lugar donde estuvimos unos días antes de llegar a aquí. Entonces recordamos, dadas las circunstancias, otra de esas ocasiones que tuvimos un encuentro similar con la Federal de Caminos:

Parece ser que era agosto y parece ser que era una carretera federal del sur del estado cuando los Federales nos alcanzaron y nos obligaron a detenernos. Nos bajaron del carro y nos pidieron los documentos de siempre. La Licencia de Manejo no fue problema, el altercado surgió cuando nos pidieron la Tarjeta de Circulación, la cual no teníamos ni una caraja idea de dónde estaba. Como era lógico en tales situaciones, procedimos a buscarla por todos los rincones del auto. El primer punto fue la guantera, de donde comenzamos a extraer papeles que de inmediato pasábamos a los Federales, folders doblados, tornillos y protectores de ventanillas y puertas, cajetillas vacías de cigarros, cigarros rotos, encendedores perdidos hacía mucho tiempo, y hasta dos... o tres envolturas de chocolates e incluso un chocolate deformado por meses de calor encerrado en la guantera del carro. Después fuimos a revisar la cajuela del auto, de donde comenzamos a sacar dos cobijas, dos almohadas, la llanta de refacción, el gato, la "L", una enciclopedia de doce tomos, tres latas grandes de leche en polvo, una lata de chocolate en polvo, una bolsa de leche en polvo perforada que había tapizado el suelo de la cajuela, paquetes de cigarros, nueve botellones de agua de a galón y de a litro y medio, cinco kilogramos de azúcar en bolsas, un osito de peluche manchado con aceite, cuatro latas de aceite, un aceite de cocina, tres

libros de Cortázar, uno de García Márquez, siete de Filosofía Existencial (de varios autores), cuatro camisas, siete pantalones y ropa interior, cinco calcetas inservibles, seis cachuchas, ocho patos de cerámica (siete rotos o astillados), siete diplomas, un trofeo, cuarenta y siete cassettes, doce videocassettes, once Compact Discs, un reproductor de CDs y cuatrocientas boletas de autopistas de cobro de toda la nación... ¡Ah!, y las herramientas dispersas en distintos puntos. Todo elemento en cuestión era pasado de mano a los Federales y ya era un desorden total, hasta que hubo de revisar la enciclopedia de doce tomos; ellos eran dos y nosotros dos, por lo que se dividieron los tomos en tres para cada uno. Y al patrullero denominado como “2” le tocó descubrirla en uno de los que le tocaron, lo que despertó, necesariamente, una sacudida de aplausos y expresiones de exclamación por nuestra parte. Hicimos del momento tal fiesta que los Federales no soportaron los escenarios trazados por nosotros y la risa que no supieron disfrazar por nuestro “desorden”; y su decisión, después de tal alboroto, fue dejarnos ir tranquilamente a continuar nuestra propia persecución de la lluvia en la carretera.

Dos años y un mes antes comenzamos a desarrollar una apología por la carretera; más tarde, en tiempo de lluvias, supimos que la mística estaba en la cinta asfáltica con lluvia variada sobre el parabrisas. No éramos corredores a gran velocidad, pero sí conocedores de la contextualización que estos dos elementos tenían, por lo que “pisarle a todo” era, en ocasiones, el único factor para la configuración de un par de almas en el asfalto y la noche y la lluvia. De vez en cuando regresábamos a nuestra ciudad, sobre todo si la lluvia estaba por caerle encima, y nos íbamos, después de pasar por algunos amigos (uno por visita) que rescatábamos de la rutina (junto con unas pizzas pedidas y no pagadas), a las zonas panorámicas a mojarnos de símbolos de agua y noche y asfalto... Llegamos a conectarnos con los Meteorológicos de todo el país para saber dónde caería un gran aguacero, y para allá íbamos sin perder el tiempo en planeaciones de viajes, aunque, por prioridad, siempre tratábamos de circunscribirnos al estado. Y fue así como circulamos mil y un veces las carreteras del Bajío mexicano y aun más allá de sus fronteras. Enfilábamos el carro siempre tras de la lluvia y la noche, como para hacer espacio en el alma enriquecida con mística particular o colectiva hasta dos, con el objetivo de tener a la lluvia esencialmente de noche sobre alguna carretera, escuchando a Bosé, y siempre Bosé

y sus rollos de antaño, del antaño que podíamos recordar y del que podíamos hacer un compendio y lograr que el tiempo hiciera resumen con nosotros, con la mística que construimos y que tuvimos a mal, durante más de dos años, compartir con los Federales, quienes a pesar de vivir los mismos estímulos como parte de su rutina, no supieron comprender... Por eso nos arrestaron, por locos endémicos y “patas” (pisadores de acelerador), aunque también reconocemos que fue porque, en un tiempo y después de perder la escuela y el trabajo, comenzamos a tomar prestadas las bombas de gasolina de las estaciones de servicio durante las madrugadas después de investigar cómo echarlas a andar; y no pagábamos en los talleres mecánicos de las ciudades y poblados las reparaciones del coche; y salíamos sin pagar la comida de los cafés y restaurantes de las orillas de las carreteras aunque en otros nos trataban bien y nos regalaban la cena, les invitaban la cena a Los Cazadores de Lluvia; y los tianguis de ropa eran objetivo de nuestras necesidades porque se nos acababan muy rápido los trapos al mojarse continuamente, aunque después fueron no sólo los tianguis sino los prestigiados centros comerciales del Bajío; y los hoteles registraban a unos tipos que nunca regresaban a pagar dejando un rastro de saqueos y desayunos, comidas y cenas sin cubrir; y el carro cargaba

ya un relicario pesado de infracciones sin cubrir e impuestos sin pagar... Por eso nos arrestaron, por locos endémicos y “patas”, y nos llevaron a las oficinas de la corporación, donde estuvimos dos días bajo supervisión y revisión médica y psicológica, y después nos procesaron como entes peligrosos para la sociedad y nos vinieron a meter en este lugar donde no hay carretera, rara vez hay lluvia que nos moje y la noche se ha reducido a atardeceres que terminan con dos pastillas azules y una roja y un trago de agua antes de ser conducidos a las habitaciones sin ventanas y con aisladores y protectores en las paredes. Sin embargo, de vez en cuando nos escapamos al jardín para correr durante las noches entradas en horas medidas en unidades de madrugada, sobre todo cuando llueve, y somos detenidos a la vieja usanza de los Federales por los camilleros que nos remiten a nuestros cuartos blancos y llenos de telas espumosas en las paredes...

# LA SENORITA VICTORIA

**NO me gustan** las cosas tontas y triviales (tampoco perder mi tiempo miserablemente en placeres mundanos), pero la sonrisa de Victoria, aunque tenia un destacado matiz superficial de los que no me gustan, me impresiono de un modo tan subyugante, que sin poder evitarlo estuve durante tres dias reflexionando sobre su vida, pase a lo poco que sabia de ella.

Por nada del mundo pude olvidar ese rostro joven y alegre. Tan joven y alegre como el rostro de cualquier persona que ha aprendido a vivir.

No me enamore de Victoria. Quiero aclarar eso. No soy como todos. Ni siquiera me gustaba. Pero aun asi su sonrisa me llenaba el corazon de pesar. Hay gente asi, según parece ,y yo me habia encontrado con una de ellas.

La conoci hace tres dias solamente. Ella, no obstante, no me conoce en absoluto (tampoco espero que lo haga). De todas maneras la conoci asi, por casualidad. Desde entonces mi vida tiene mas significado. Debe parecer extraño, pero desde ese momento soy otra persona. Por eso es, seguramente, que procuro ver a Victoria cada vez que tengo tiempo, aunque, como he dicho, ella no lo sabe ni remotamente.

Hoy, en las tempranas horas de la tarde, la he visto nuevamente. Observandola me he dado cuenta que hay cosas que duelen porque si. Son como latigazos. Casi he llorado. Senti espasmos nerviosos y si no estoy lleno de amargura es porque se que su vida no es asunto mio, despues de todo.

Sin embargo se la mostre a todos mis hermanos. Hable mucho de ella. Mi emocion era tan palpitante que hasta la imagine nina, luego adolescente, llena de alegria. Solamente no quise imaginar vanidad en su vida. Pero casi la vi entre amigos, riendo, conversando con verdadero gusto, con novio, con suenos, con ideas. ¡Ah, Victoria! Tan viva y tan incredula como todos nosotros. Tan mansa en una vida que se termina en cualquier momento.

Mis hermanos la han visto fascinados. Pero solo luego de oirme hablar han dicho que ella es, realmente, impresionante ( les ha pasado lo mismo que a mi). Lo unico que no lograron precisar fue su edad. Ellos dicen que debe tener 23 anos y yo digo que es mas joven. Mis hermanos, empero, quieren que me olvide de ella. Mas no es cosa facil hacerlo.

Ahora mismo estoy mirando a Victoria y me duele. Ella esta sonriendo otra vez.No dudo que aparecera quien me vea como una especie de maniatico que pierde su tiempo en retorcidas elucubraciones. Mas no lo soy. En efecto, reconozco que mi familia tiene toda la razon. No debo seguir sufriendo ni pensando tan constantemente en esa mujer.

Al fin y al cabo Victoria es solamente una desconocida. Es mas, ni siquiera es una persona de carne y hueso. Es, solamente, alguien que conoci hace tres dias, cuando recorte de un periodico la fotografia sonriente de una muchacha muerta.

*San Juan de la Maguana. 1985.*

RAMIRO PEREIRA BRIEVA

## LA MUERTA VESTÍA DE LUTO

Jóvita Alcázar estaba familiarizada con la muerte, pero aún así se sorprendió encontrarla a su lado a las dos de la madrugada cuando se despertó con un dolor en el pecho, no porque le tuviera miedo, sino porque tenía la forma que menos esperaba. Había imaginado a la señora muy seria de capucha gris; al ángel de la muerte con la trompeta del juicio final individual y hasta el famoso tunel de luz, pero nunca imaginó que se presentaría de la forma más antigua conocida: La tradicional del esqueleto con las costillas blancas al aire y el “garabato” en la mano, que sale todos los años en el carnaval de Barranquilla camuflada entre la gente.

No se asustó por dos razones: La primera, porque siempre había sostenido que el momento ideal para la muerte de una persona sana era cuando al hacer un balance entre familiares y amigos vivos y muertos, tres cuartas partes estaban en el más allá y ella había sobrepasado esa cifra, ya que la esperaban sus padres, hermanos, esposo, la mitad de sus hijos, dos nietos y un biznieto, amén de innumerables parientes y amigos. La segunda, porque *estaba preparada*.

No solo tenía su ataúd en el cuarto contiguo y seleccionado cuidadosamente su último vestido sino que había dado instrucciones precisas sobre el lugar donde la velarían, la vestimenta del cortejo que la llevaría al cementerio, el toque preciso de la campana de difuntos y el lugar que ocuparía en el panteón familiar.

Se recostó suavemente en la posición que quería que la encontraran y se dispuso a esperar el golpe en el pecho que todos consideramos misericordioso por creer que ocurre cuando la persona está dormida. Cerró los ojos lentamente y empezó a pensar plácidamente en el hermoso cortejo fúnebre compuesto por los hijos que la sobrevivirían, nietos, nietas, nueras, vecinas y amigas, todas con sus vestidos negros, y en retrospectiva empezó a compararlo con los innumerables “entierros” a los que había asistido y tuvo que confesarse así misma que ninguno le había parecido hermoso por más numeroso o elegante que fuera y más bien empezó a recordar los malditos vestidos negros abotonados en el cuello que le llegaban a los tobillos, con sus mangas largas y una “chalina” sobre la cabeza que en nada la protegía del sol abrasador mientras caminaba lentamente detrás de un ataúd cargado por sudorosos familiares, arrastrando los pies por esas calles polvorientas o encharcadas según la estación.

Hizo memoria sobre el luto que llevaba y cayó en cuenta que nunca se lo había quitado porque ante la muerte de un ser querido las mujeres debían vestir con un traje “cerrado de negro” durante cinco años si se trataba de uno de sus padres o un hijo y de dos años si era otro familiar.

Seguidamente debían utilizar durante tres años una combinación de negro con blanco y durante dos años más, colores café o morado para terminar el luto con un vestido rosado como señal de que no se quería la muerte nuevamente. Los hombres vestían con ropas blancas u oscuras, con una “blonda” o cinta negra colocada por encima de la manga de la camisa indicando luto.

Su rostro se ensombreció y la paz que esperaba se convirtió en angustia al recordar que en su juventud, salvo en muy contadas ocasiones no pudo asistir a fiestas y le fueron vedados los paseos, bailes y hasta el cine, por estar cargando el bendito luto. Recordó la ocasión en que no la dejaron ir al circo que llegó al pueblo porque estaba amenizado por una banda de músicos. En el recorrido por lo que fue su vida volvió a su niñez y se vio en primera fila de todos los entierros y velorios, propios o ajenos con los vestidos negros que recogen todos los rayos del sol, fingiendo muchas veces una tristeza que no sentía, con el cuerpo adolorido por la inmovilidad que le exigían; recuerdo que aumentó su desespero hasta que del subconsciente brotó de golpe la imagen olvidada de su madre muerta cuando tenía tres años y se vio vestida de luto sin entender qué pasaba y por qué no la dejaban jugar y brincar como a las otras niñas, siempre vestida de negro año tras año y tomó la posición fetal cuando recordó que en su primera comunión, en vez del inmaculado vestido blanco con el que había soñado, fue vestida con uno de organza negro que resaltaba su condición de huérfana tal como lo exigían las costumbres de la época y empezó a llorar en silencio, compadeciéndose de sí misma, deseando la muerte.

Dedicó un último pensamiento a sus nietas y biznietas más queridas y las imaginó siguiendo al pie de la letra sus instrucciones sobre el luto que llevarían “que debía corresponder al tamaño del amor que le profesaban” y se horrorizó al impulsar la repetición de una historia no deseada que le hizo levantarse rápidamente de la cama a pesar del dolor que aumentó en intensidad y del mudo gesto de reproche de la muerte que le indicaba que se acostara nuevamente para terminar su labor.

*¡No me jodas!* -Le dijo con voz queda, pero autoritaria. *¡Durante muchos años te llamé y solo viniste cuando te dio la gana, así que te esperas hasta que esté lista nuevamente!*

Dicho esto, se sentó a escribir largamente sobre un tema que hubiera horrorizado a sus antepasados y con una energía impropia para su condición, entró con cuidado en cada una de las habitaciones, recogiendo todos los vestidos de luto, cortándolos en pedazos.

Ante el asombro de una carabela muda por carecer de lengua, que le hacía señas de apremio, rompió la piyama de luto que llevaba puesta, se puso como pudo un vestido de una de sus nietas adolescentes, cambió sus pantuflas por unos zapatos de tacón alto, se maquilló sin pericia y se metió en el ataúd, cerrando la tapa.

En la mañana, los sorprendidos familiares la encontraron muerta, con un rictus de triunfo, vestida íntegramente de rojo brillante, con los labios y mejillas pintados del mismo color, sosteniendo en el pecho un crucifijo para que no mal interpretaran su conducta pensando que había perdido la razón o la fe, y su reescrito testamento en la más impecable caligrafía “Palmer”, donde daba instrucciones para anular todas sus peticiones anteriores y que a su muerte, en vez de la campana mortuoria que asusta a los niños repicaran las otras campanas y ordenaba que a su entierro y velorio acudieran con ropas llamativas en todos los colores predominando el rosado para romper el maldito círculo vicioso de encaramar un luto con otro, sin entender que el verdadero duelo es eterno y se lleva por dentro.

Gonzalo Rodas

## GESTO FRATERNAL

Soy igual en todo a mi hermano mayor. Pareciera que fuéramos gemelos. Pero, no lo somos. El es alguien, mientras que yo pertenezco a esa casta inferior de los esclavos sin derecho a nada. Mi hermano mayor tiene su pieza, su cama, sus cosas, su tablero de dibujo, sus libros, su bicicleta. Y almuerza en el comedor de la casa, con sus padres. Se supone que también son los míos. Sin embargo, no es así. Vivo en una casa especial, que parece cárcel, con muy poco espacio, y comemos píldoras vitamínicas.

Una vez me escapé y fui a la casa de mi hermano mayor. No me atreví a dejarme ver, pero me puse a observar, escondido detrás de unos matorrales. Ahí estaba él en un escaño del jardín, creyéndose galán, con una mujer al lado, . . . ¡ y qué mujer ! Simplemente, estupenda. Por supuesto, no tengo derecho a ella. El la abraza y la besa. Todo para él, nada para mí.

Esa mujer me tenía tan excitado que planeé cuidadosamente mis pasos para conquistarla. La seguí varias veces. Para ello tuve que escaparme de mi prisión otras tantas. Hasta que un día la abordé.

- Hola mi amor - le dije, en el paradero del bus.

- Hola, tesoro - fue su respuesta. Yo estaba fascinado. Para algo me estaba sirviendo ser tan igual a mi hermano mayor. Hice como él hacía.

La tomé de la mano, le pasé mi brazo por su cintura, la besé varias veces. Me entusiasmé y fui mucho más allá aun. Cuando puse mi mano debajo de su falda, sentí estar en el cielo. Esa tarde la acaricié tan groseramente en plena vía pública, que ella se enfureció, me dio una cachetada y se alejó corriendo, después de decirme :

- No te veré nunca más.

Cuando volví a espiar a mi hermano mayor, estaba solo, en su escaño de siempre. Muy triste. Nos quedamos sin la mujer, y la culpa es mía. Habría dado cualquier cosa por arreglar el lío pero no sabía cómo hacerlo. Mi hermano mayor no sabía de mi existencia. Además, estaba convencido que la mujer amada se había vuelto loca. Quise enfrentarlo, pero desistí. Se me podía morir de la impresión.

Hasta que se me ocurrió un buen plan. Otro plan. Decidí disfrazarme dejándome crecer el bigote. Con el pelo muy corto y unos anteojos sin aumento mi apariencia cambió. Me puse una ropa distinta que tomé prestada de mi compañero de pieza, para esta circunstancia solamente. Con ese aspecto nuevo, me aparecí a mi hermano mayor en la biblioteca de la universidad. El estaba tan metido con un problema insoluble, que le dije que le ayudaría. Tengo su inteligencia aunque no sus conocimientos ni tampoco sus prejuicios. Estaba muy motivado a aclarar esta situación, porque para mí, podría llegar a significar mi libertad.

Como mi hermano mayor no se interesaba mucho por mí, tuve que recurrir a una táctica desesperada.

- ¿Te gustaría tener un hermano que fuera igual a tí ? - le pregunté derechamente. Dijo que no, y que no tenía tiempo para hablar estupideces. Me dolió en el alma.

Resulta que ahora soy una estupidez. Lo encuentro denigrante. Me armé de valor y empecé a preguntarle si creía que pudiera llegar a suceder.

- Jamás - dijo tomando sus libros, y se alejó. Quedé frustrado porque mi plan no funcionó, una vez más.

Me fui triste, vagando por las calles, y llegué a mi prisión. Trepé la reja en la oscuridad.

A la mañana siguiente descendí por esa misma reja. Esta vez tenía un plan que no fallaría. Llegué disfrazado hasta el paradero de la locomoción en que sabía que encontraría a esa mujer estupenda, que no era para mí. Llegué caminando lentamente. Cuando quise hablarle me paró en seco.

- No creas que no te voy a reconocer porque andas con un estúpido disfraz.

- No soy mi hermano mayor.

- Nadie es su hermano mayor - rió y me miró con extrañeza. Por lo menos el buen humor era una señal alentadora.

- ¿Te gusta mi corte de pelo ? - le pregunté, porque era imprescindible que ella reparara en ese detalle. Me respondió que no. Eso no me importaba. Le pedí excusas por lo del otro día y le prometí que nunca más volvería a suceder. Me mandó a buena parte, pero eso era lo de menos. Ya estaba todo dicho. La dejé ir en el bus que pasó. Yo seguí esperando otro, y otro. Estuve horas sin saber dónde ir. Ya no volvería a mi prisión porque lo que necesitaba era morirme.

Al día siguiente fui a espiar a mi hermano mayor. Estaba en su escaño, acompañado de nuestra amiga. Ahora no sólo la abrazaba y la besaba como antes. También la acariciaba en una forma bastante más osada. Eso fue lo que heredó de mí. Sin más, me retiré, entre risa y llanto. Fue una misión difícil la mía, y ya estaba cumplida. Es lo que se espera de mí, pues no soy más que un estúpido deshecho de la sociedad. Soy un simple clon.

# PENÉLOPE, LA OTRA

Penélope tejía de día, y de noche amaba y era amada con intensidad por su fiel Príamo. Cuando Ulises abandonó reino, esposa e hijo para irse detrás de los carros de guerra, Penélope supo que tardaría en volver a verlo. Fue Penélope la que apoyó la idea de irse detrás del mancillado Agamenón para rescatar a la bella Helena. Bien sabía ella lo que era sentirse un cornudo real. Ulises se había cansado de su mujer después del tercer mes de casados y comenzó a frecuentar a otras damas de la corte. Todo le era perdonado o no visto. Después de todo era el rey de Itaca. Así que cuando se fue, suspiró aliviada, prefería gobernar sola que acompañada por tal bestia sedienta de vino y lujuria.

Pasaron dos años y los pretendientes reales exigían que tomara un nuevo esposo porque se sabía desde hacía un año, que Ulises se había perdido en el Mediterráneo. “Seguro debe estar en alguna isla celebrando con sus amigos, borracho” pensaba la reina. Y haciendo uso de su astucia dijo a los frustrados candidatos que tejería una prenda como tributo a Itaca y que al concluirla escogería pareja. A todos les pareció bien, total cuánto tiempo le tomaría tejer una colchita, pensaron todos y firmaron el documento que ella les había preparado.

Y así pasó otro año más; tejiendo de día y destejiendo de noche. Su fiel paje Príamo, un efebo alegremente dotado por la naturaleza con una virilidad algo exagerada, le traía las madejas de lana que ella misma preparaba. Y por las noches mientras ella destejía y enmadejaba de nuevo, él cantaba tristes tonadas acompañado con una cítara. Pronto la reina lo hizo partícipe del engaño en forma completa. Hechizada por todos los encantos del joven, que en su simpleza no se molestaba en ocultar, pero por sobre todos por su devoción y lealtad, lo convirtió en su amante.

Hacía cinco años que disfrutaban del secreto de destejer y amarse, cuando una mañana apareció el joven con un anillo en la mano y le dijo:

- Mi reina, un pordiosero me ha dado este anillo para vos y me ha dicho que mañana compartirá el banquete real. Penélope miró el anillo y enseguida comprendió de quién se trataba. Su asqueroso esposo había vuelto. Ese anillo había sido el símbolo de su unión hacía ya diez años casi. Gritó, lloró, se arañó el rostro y luego se recompuso y pensó. Evaluó la situación. Era un hecho que Ulises retomarí­a el trono y se enteraría de los chismes que se corrían respecto al amante de la reina. Saberlo y matarla era una sola cosa. Entonces se necesitaba una determinación drástica, llamó a su amante y le preguntó:

-¿ Lo harías todo por mí, mi fiel Príamo?

- Sí, mi reina, pídeme la muerte si quieres.- contestó el arrojado joven.

-Pues yo quiero que hagas algo que, me va a doler más a mí que a ti. Pero primero hazme el amor, Príamo, como si fuera la última vez...

Lo demás forma parte de la leyenda. Ulises volvió al trono y mató no sólo a los pretendientes reales, sino a todos los traidores que osaron contar de los amores de la reina con su paje. Si no sabría él la verdad, que recompensó al pobre muchacho por ser injustamente calumniado pero más por ser eunuco.-

ROXANA HEISE VENTHUR

*EL NENE*

El Nene no cesa de reír en la esquina de siempre, mientras golpea las horas al ritmo de las monedas que infatigables, claman misericordia desde el fondo de un tarro. Y pese a que la gente lo mira con resquemor, siempre logra su objetivo; cuando se inclina en todo su porte hacia delante flectando aún más sus rodillas semianquilosadas, destacando su apariencia retorcida, la mirada al garete, la sonrisa babosa desviada hacia el hombro derecho que parece succionarle parte del mentón, dejando al descubierto el impétigo gigante de su oreja izquierda. Pero a él nada parece importarle, salvo aquella esquina que lo acoge en su vientre de asfalto, como a un hijo convulso jugándose la vida, esperando que llegue la tarde junto con El Pulento y su clásica pregunta: ¿Cómo estamos Nene?, aún sabiendo que la respuesta es siempre la misma, pues el Nene se las gana a todos; ni Gotzila ni El Pirata, ni siquiera El Cortaíto recaudan tanto dinero y nadie hace la entrega como él; con la alegría torrencial de sus carcajadas que parecen amplificarse a lo largo de la calle, para sólo extinguirse, ante el *Buen chico* que pronuncia El Pulento, mientras le acaricia el cabello seboso para luego preguntarle: ¿Qué más tenemos amigo? Amigo responde El Nene, mientras le entrega las monedas rezagadas en los bolsillos. Amigo, amigo, repite finalmente con las manos vacías.

# LA VERDADERA HISTORIA DE J. G. M.

Con un fuerte tirón de puerta, Julius G. M. salió de su casa. No se enrolló su gastada bufanda. Sin dudas no sintió el penetrante frío debido a lo contrariado que estaba. Mucho menos se percató del ambiente festivo que respiraban los neoyorkinos, por las proximidades de la Pascua de 1902.

La bocina de un automóvil lo hizo detenerse en la esquina. Pudo mirar las felices caras de los peatones, las carreras de los niños mandaderos, y oír las voces de los pregoneros y las risas de las mujeres que compraban frutas en los puestos instalados en las aceras. Vio el saludo del policía al dueño del almacén, tocándose levemente el ala de su sombrero...

"¿Por qué tengo tan mala suerte?", pensó, antes de cruzar la calle y continuar caminando por la acera de menos movimiento.

Julius se sentía así, según él, por culpa de su padre. No lo entendía.

Cuando su papá era joven, trabajaba como instructor de danza. Y le iba bien. Ahí conoció a su mamá, se casó, y todo funcionaba. Hasta que Julius y sus hermanos nacieron. Entonces se instaló como sastre, y comenzó a irle pésimo.

El padre le dijo que se consiguiera un trabajo como cantante, para ayudar a la familia. Y a Julius no le gustaba cantar, al contrario. Pero en la casa todos decían que tenía buena voz... "¿Para qué mi padre se hizo sastre?", pensaba... Lo peor era que llegado el momento tendría que obedecer. Además, no soportaba ver a su mamá sufriendo cada vez que llegaba la hora de la comida...

A la décima calle recorrida fue cuando vio el cartel que, muy discretamente, colgaba en una puerta. Puerta que no se diferenciaba mucho de las otras de aquella fachada. Fachada que pertenecía a un gigantesco edificio antiguo, ahora dividido en muchas tiendas y casas humildes.

Aquello lo atrajo muchísimo. El cartel decía: "*Se hacen chistes*".

Miró de reojo al harapiento vendedor de cordones de zapatos que estaba sentado en la acera, recostado a un farol... Y entró. No sin antes abrir una segunda puerta de vaivén, hecha de madera y cristal tallado.

Empujó una de las hojas, y se oyó el repique agudo de unas campanitas, que lo asustaron un poco.

Era una tienda pequeña, con un mostrador rodeado de grandes anaqueles repletos de ánforas, botellas y caprichosos frascos de cristal, arcilla, loza, porcelana. Y en una esquina del local, un antiguo y alto reloj de péndulo.

Percibió un extraño olor, un aroma algo dulzón pero muy agradable. Sin darse cuenta, su ánimo comenzó a cambiar. Dejaba atrás su incomodidad. Incluso se sintió casi contento.

Apartando una cortina tejida, apareció un delgado anciano de enorme nariz y barba entrecana, con un gastado sombrero hongo y anteojos redondos de cristales verde oscuro. El viejo lo saludó con voz grave, pero en un tono bonachón.

- Buenas, Julius.

- ¿Cómo? ¿Usted me conoce?

- Sí y no. Pero digamos que te estaba esperando.

- ¿A mí? ¿Para qué? - y el jovencito dio un paso hacia atrás.

- Mejor dime, ¿para qué entraste? - contestó el anciano.

- No sé... me extrañó el cartelito... ¿Es verdad que aquí se hacen chistes? - preguntó Julius, leyendo las etiquetas de los recipientes: *humor blanco, humor verde, humor negro, humor político, humor de borrachos, humor de animales, humor absurdo...* y muchos más.

- Así es - respondió el anciano -. Yo preparo el chiste según las necesidades del cliente.

- ¡Nunca me lo había imaginado! ¡Debe ser muy entretenido tener un trabajo así! ¿Cómo lo hace?

- No, sería largo de explicar. Además, es un secreto que viene de generación en generación.

- Oh - se desanimó el joven -... Entonces nunca lo podré conocer. Si es de padre a hijo...

- No, no he dicho eso - dijo el anciano sonriendo -. Dije de generación en generación. Es decir, de un viejo a un jovencito. Tú podrías ser.

- ¿En serio?

- Claro, pero no puede ser un muchachón cualquiera. Tiene que ser alguien con el potencial indicado.

- Ah... - volvió a desinflarse Julius -. ¿Hay que ser especial? ¡Y yo con mi mala suerte..!

- Mira, hijo mío, hazme caso. Vamos a probar un tiempo. Si tienes condiciones, te enseño. ¿Qué te parece?

- ¡Eso sería ideal! ¿Y cuando empiezan las clases?

- ¿Cómo clases? ¡Esto no es una escuela! - dijo el anciano con aire furioso (un aire furioso nada convincente) -. ¡Si te conviene, comienzas ahora mismo a trabajar como ayudante mío, y así, con el tiempo, vas aprendiendo...! ¡Lo tomas o lo dejas!

Julius comenzó a pensar lo más rápido que pudo para tomar una decisión. En principio, le fascinaba aquello de aprender algo tan raro. Seguro que era divertido. Él podría ser como un elegido o algo así, alguien que sabe un gran secreto. Y además, era un trabajo. Le pagarían. Por tanto, sus padres iban a estar contentos al poder ayudarlos, y se quitaría de encima cantar en público. No había por dónde perderse.

- ¡Acepto! - casi gritó Julius.

- Bien, pues entonces, a trabajar. Toma el plumero aquel y quita un poco el polvo de todos los anaqueles. Después barras. Y cuando termines, bota la basura que está en el patiecito del fondo.

Eso no era, precisamente, lo que se había imaginado Julius cuando aceptó ser ayudante. Se quedó, a regañadientes, limpiando los estantes. Estaba ansioso por mirar lo que hacía el viejo. De pronto se le ocurrió una idea. Amarró el plumero al péndulo del reloj, para que en cada ir y venir rozara unos frascos y se escuchara que alguien estaba sacudiendo.

Después, con mucho cuidado, cruzó la cortina, y a través de la entornada puerta del laboratorio se puso a mirar los movimientos del anciano.

Vio cómo el buen hombre sacaba varias palabras de un enorme diccionario, las introducía una por una en una especie de centrífuga, y se quedaba concentrado observándolas. Como no sucedía nada más, Julius aprovechó para echarle una ojeada al laboratorio. Repisas con machacadores, pipetas, mecheros y serpentines. Más estantes con libros. Y al fondo, un horno de ladrillos refractarios, con una puerta metálica a la cual se asomaba una llamita.

El joven quedó paralizado. Podía jurar que la llamita le había saludado y sonreído. Asustado, se volvió hacia la tienda. En ese momento escuchó el grito del viejo.

- ¡Julius! ¡Ven aquí!

"¿Me descubrió? ¿La llamita me delató? ¿Metí la pata con otra cosa?", se preguntaba, mientras iba sin mucho entusiasmo al laboratorio.

- Óyeme bien - le dijo el anciano sacando su cabeza por la puerta -. Ve hasta la acera, y una vez allí ponte a anunciar el negocio.

- ¿Ahora mismo, señor?

- Claro, hace una semana que no entra nadie.

- Está bien, pero... ¿pero cómo lo hago? - preguntó el muchacho.

- Muy fácil - le sonrió el viejo -. Te paras en la puerta, y a todo el que pase le dices cosas cómicas, simpáticas y le señalas la entrada.

- ¡Óigame! ¡Yo no puedo hacer eso!

- ¡Inventa! - gritó el anciano, cerrando la puerta en la cara a Julius. Y cuando éste iba a ya a retirarse, la abrió de nuevo brevemente, sólo para añadir: - ¡Y zafa el plumero del reloj antes de salir!

Estaba asustado y confundido. Aun así, zafó el plumero. Y salió a la calle, pero como un autómata. Se paró debajo del cartel, y miró al vendedor de cordones que seguía sentado en la acera, recostado al farol. La gente pasaba... unos se fijaban en él, otros no, pero Julius continuaba sin saber qué decir, como un maniquí delante de la puerta.

Al rato, ya más tranquilo y después de pensar en muchas frases chistosas que luego desechaba por lo poco chistosas que le parecían, tuvo una idea espectacular.

Volvió a la tienda, registró algunos cajones, se llevó varios objetos para el baño, y minutos más tarde se apareció en la acera, irreconocible. Peinado con una raya al medio, gruesas cejas que movía constantemente arriba y abajo, anteojos redondos de armadura delgada, bigote

ancho y poblado, chaqueta de frac holgada y larga, y un tabaco en la mano. Y caminando casi a zancadas, flexionando mucho las rodillas, y el cuerpo echado hacia adelante, comenzó a dirigirse a los transeúntes con una soltura increíble.

A un hombre flaco y calvo y una señora gruesa de papada y collares, que pasaban mirando a todo el mundo por encima del hombro, les gritó:

- Señora, cómprele un buen chiste al señor. O uno para usted misma, que buena falta le hace.

- ¡Oiga! ¡No le permito que le hable así a mi mujer!

- saltó el marido de la gorda.

- ¿Hemos sido presentados? - le contestó Julius.

- No.

- Entonces, ¿cómo le permite a su mujer que hable con desconocidos? - preguntó el joven, señalando al hombre con el tabaco y mirando de reojo la risa de los curiosos.

- Usted no puede seguir ofendiendo ni a mi mujer ni a mi. ¡Sepa usted que yo soy el presidente de una prestigiosa Compañía de Lavanderías!

- Bueno, pues tome mi camisa y tráigamela el viernes - le respondió Julius, disfrutando de su éxito entre las numerosas personas que ya había alrededor.

El flaco y la gorda siguieron su camino indignados.

Unos minutos más tarde, una señora feísima, con redecillas en la cabeza, bajó de un lujoso coche, casi frente al muchacho.

- Señora compre un buen chiste para su esposo - le dijo Julius.

- Mi esposo se fue, señor - respondió la mujer.

- ¿Y dónde está su esposo? - insistió Julius.

- Él está muerto.

- Apuesto a que él utiliza eso simplemente como una excusa - dijo Julius, mientras las treinta o cuarenta personas allí reunidas reían constantemente.

Estuvo así cerca de una hora. Y tuvo que terminar, porque el anciano de la tienda lo llamó debido a la cantidad de clientes que abarrotó el negocio. Julius se cambió, y comenzó a ayudarlo.

Al final de la jornada, el joven regresó a su casa rebotando alegría. Sin embargo, decidió no contar nada hasta el primer sueldo.

Pero al otro día, bien temprano, no se pudo aguantar y les hizo el cuento a sus hermanos preferidos: el gordito y el mudo. De más está decir que los tres salieron corriendo en dirección a la fábrica de chistes. El joven estaba ansioso porque sus hermanos conocieran la tienda y al anciano, y que lo vieran a él disfrazado.

Casi una cuadra antes pudo ver al vendedor de cordones, instalado en la acera junto al farol.

Llegaron... Julius se quedó de una pieza. En lugar de la tienda y el cartelito, había una verdulería. Una señora con un pañuelo en la cabeza acomodaba unas lechugas frescas en una gran cesta de mimbre.

Ni el codazo del mudo, ni la pregunta del gordo, lo sacaron de su perplejidad.

- ¿Y? ¿Dónde está la tienda, Julius?

El joven, inmóvil, no entendía aquello.

- ¡Vamos, Julius, acaba de decirnos dónde está! - insistió el gordito.

Julius miró las otras puertas del edificio, se volvió hacia la acera de enfrente, pero no encontró nada.

- No sé... No está la tienda... - fue lo único que pudo decir.

- ¿Cómo? - gritó su hermano -. ¡Entonces era mentira todo!

- ¡No! ¡Les juro que fue verdad! - reaccionó Julius.

- ¡Vamos, tú! Nuestro hermano nos hizo una broma pesada - dijo el gordito, arrastrando al mudo.

Julius, sin poder creerlo, tenía que rendirse ante la evidencia. Con el dolor de su alma, miró por última vez a la verdulería y se dio vuelta para tratar de alcanzar a sus hermanos. Fue en ese momento que escuchó la voz grave, con tono bonachón, del anciano. Se dio vuelta. El vendedor de cordones le decía:

- ¡Hey, muchacho! ¡No te pierdas! ¡Hacía tiempo que no me reía como ayer!

Julius quedó aun más confundido. Pero de pronto, algo se iluminó en su interior. Los ojitos le brillaron. Entonces... sonrió, y apretando el bigote y los anteojos en el bolsillo, se fue tras sus hermanos... Claro, a zancadas, flexionando mucho las rodillas, y el cuerpo echado hacia delante...

# EL OVILLO

*Rodolfo Emilio Gil*

Recorría en un día cualquiera una calle sin rumbo fijo, cuando imprevistamente mi vista fue atraída hacia el suelo donde reposaba un ovillo de material desconocido que sin razón aparente desprendía extraños destellos. No podía definir por mas esfuerzos que hacía cual era el color que detentaba, solo afirmar que irradiaba una rara mezcla de distintas tonalidades con preponderancia de azules y plateados. Sorprendido, en un primer momento no supe que hacer por lo que me quedé un largo rato observándolo, sin resolver actitud alguna, aunque no me inspiraba temor. Pasado un lapso de tiempo que me fue imposible precisar, comencé a acercarme lentamente con curiosidad no exenta de intriga. El objeto no obstante parecer inerte, diría que tenía vida, aunque ningún cambio mostraba en su exterior, con excepción de los destellos que se desprendían del mismo. Mi intriga fue en aumento, a la par que comenzaba a sentir una rara atracción por el ovillo que me impulsaba hacia él. Cuando llegué a su proximidad una barrera invisible me detuvo y me impidió seguir avanzando, haciendo vanos mis esfuerzos por continuar. Lo curioso es que tampoco podía retroceder, por lo que me encontré en un punto muerto sin saber que hacer. Estando en esa incertidumbre, una fuerza mental me invadió, como si un mensaje quisiera serme transmitido.

Al principio todo era confusión, pero poco a poco una claridad se fue abriendo paso en mi cerebro, despejando las nubes que como manto cerrado lo oscurecían, lo que me permitió empezar a despejar mis ideas y pensamientos, retomar conciencia de quien era y que hacía allí, facultades que momentáneamente parecía haber perdido. No obstante mi confusión continuaba, pues no entendía con certeza lo que ocurría y el motivo de mi presencia en ese lugar, retenido en contra de mi voluntad por una fuerza misteriosa. Pasaron entonces minutos u horas, a ciencia cierta no lo supe, mientras la claridad que se habría paso en la oscuridad continuaba expandiéndose en mi mente, mientras esta comenzaba a adquirir una brillantez que jamás había tenido.

Lentamente comencé a recibir un mensaje sobre las cualidades que el ovillo poseía; se me daba a entender que su trama representaba los años restantes de mi vida, pero no como una visión de mi futuro, ni como anticipos del mismo.

Desorientado por los extraños acontecimientos que me estaban ocurriendo comencé a preguntarme cuál era la razón de tan singular encuentro. Intuitivamente era claro para mí que un hecho extraordinario me estaba por suceder y que solo me restaba esperar.

En la extraña concepción de lo que el hilo del ovillo representaba para mi, pude saber que si quería podría recogerlo, previo conocimiento de algunas reglas a que me debía someter y a la par facultades que me serían otorgadas. Se me hacía saber que podría manejar "los tiempos" de mi futuro, pero no "los acontecimientos" ya que a estos últimos no los podría cambiar por mi voluntad. Se me reiteraba que sería dueño de mis tiempos, pudiendo acortarlos.

Luego de evaluar mentalmente las condiciones que me eran sugeridas, las acepté, recogí el ovillo que dejó de emitir rayos. Me lo puse en el bolsillo y llegado a casa lo guardé en el rincón de uno de mis cajones.

Fueron pasando los días, la vorágine y el duro trajinar de la vida me hicieron olvidar el incidente que me había permitido acceder a la posesión del ovillo.

Quedó así olvidado en el fondo del cajón por muchos años sin que me acordara de él, hasta que un día al mudarme a un nuevo hogar y tener que sacar muchos de los objetos que no usaba, lo encontré pudiendo verificar que permanecía inalterable no obstante el tiempo transcurrido.

Ese hecho me hizo recordar la época en que lo había descubierto y las misteriosas circunstancias que rodearon su hallazgo.

Me puse a meditar sobre todo ello y lo que había sido mi vida hasta ese momento, lo bueno que ésta me había brindado, la familia que había formado y lo que el destino me había deparado.

Lo guardé de nuevo, pero al contrario de lo que antes me había ocurrido, no lo pude apartar de mi mente, volviendo reiteradamente sobre su historia preguntándome qué habría de realidad en ella.

Con el cambio de casa comenzaron profundos trastornos, como también alteraciones que nos alejaron de nuestras antiguas costumbres .

Empezamos a padecer desgracias y desencuentros que nunca antes habíamos soportado, lo que fue socavando nuestra felicidad individual y familiar.

Así llegué a una instancia que el cúmulo de contrariedades hicieron mi vida insoportable, agotando mis fuerzas, capacidad para reaccionar y poder enfrentar tantas desventuras.

Me hallaba en tal estado cuando recordé la existencia del ovillo, comenzando a germinar en mi la intención de usar los extraños poderes que me podían haber sido conferidos.

Al principio solo fue una idea, pero a medida que se acrecentaba mi angustia, con mayor intensidad deseaba intentar su uso como posible salvación para eludir mis pesares.

No sabía, aunque quizás lo intuía, que estaba cayendo en una adicción y en la imposibilidad de huir de sus garras.

Llegó un momento en que sobrepasado por los sinsabores y contrariedades profundas fui en busca del ovillo y comencé a usarlo. A medida que lo iba haciendo veía pasar mi vida ante mí como una visión cinematográfica filmada a gran velocidad, pero no la suficiente que me impidiera conocer los sucesos que ocurrían, pero sin perturbarme, pues inmediatamente eran suplantados por otros, hasta que aparecía algún hecho feliz que me permitía dejar de halar e iniciar un nuevo período de paz.

Mas el poder que detentaba poco a poco fue transformándose, como antes dije, en una adicción de la que era imposible sustraerme. Además me estaba volviendo proclive a no poder afrontar, no solo los problemas angustiantes, sino los comunes y cotidianos, por lo que cada vez era más asidua mi recurrencia al ovillo.

No alcanzaba a comprender que generalmente por ser en la vida más numerosos los momentos de infelicidad, con aquél proceder iba agotando aceleradamente mi existencia. Recién empezaba a percibir que no solo se la vive en las buenas épocas, sino, aunque parezca paradójico, quizá con mayor intensidad en los momentos de lucha, desazón y angustia.

He hecho un objetable uso del ovillo, desperdiciando la vida que me fue acordada en una vana búsqueda de caminos fáciles y anodinos.

Hoy sé, aunque tarde, que los buenos y los malos momentos, aun los agobiantes constituyen parte de la intimidad del ser.

La vida no debe ser abreviada, por el contrario hay que vivirla en su plenitud , sin exclusiones, pues cada instante forma parte de lo que somos cada uno de nosotros. Hay que transitarla y enfrentarla tal como se presenta, luchando por vencer sin claudicar.

Recapacité sobre el uso que había hecho del ovillo y que mi vida terminaba con pocos recuerdos del pasado que son en definitiva los que reconfortan nuestro ocaso.

**Me encontraba ensimismado en aquellos pensamientos cuando sentí que poco a poco me invadía primero una penumbra .... luego una oscuridad llena de tristeza y melancolía.....**

Ariel Carlos Delgado  
DISTANCIA PARALELA

Bien, aquí estoy -fueron mis palabras al llegar a la cita -. ¿Qué quieres?

García era un individuo pequeño y nervioso que no dejaba de moverse cuando hablaba.

-¡Es algo sumamente delicado y no pude pensar en nadie más indicado que tú para hacerlo!

El callejón en el que nos encontrábamos estaba digno de cualquier película de pandillas, lleno de graffitis y basura.

- Si es algo tan importante vamos a hablar a un sitio que no apeste a orines.

-¡No, no, este es el lugar ideal! ¡No puedo permitir que nadie escuche nuestra conversación!

-Deberías bajarle al café, tus nervios son una porquería.

Pateó una botella y una rata asustada corrió buscando escondite.

-Es mi socio, no deja de fastidiarme acusándome de estar llevando la firma a la quiebra.

Su socio apellidado también García, sin parentesco entre si, era grande y lento como un buey, pero un negociante de miedo. Los conocía a ambos desde hacía bastante tiempo.

- si él lo dice razón tendrá.

No le gustó mi opinión, se mordió las uñas y arrancó algunos de los escasos cabellos que conservaba su cabeza.

-¡Habla de una vez, ya no resisto el olor!

-¡Te pagaré bien por matar a mi socio!

-¿Porqué yo?

- Has matado antes. ¿No?

- Sólo cuando la ocasión así lo requirió.

-¿Entonces, qué es tan gracioso? -preguntó al ver mis inútiles esfuerzos por contener las carcajadas.

-¡Pues veras, tu socio me contrató para hacer lo mismo contigo!

Abrió los ojos cual platos de sopa, pero no pudo decir ni pío. El golpe le alcanzó en la sien. Cayó como un saco de papas del camión.

Le saqué la billetera y el reloj, debía parecer un robo que terminó mal.

Casi me da otro ataque de risa mientras levantaba un ladrillo para terminar la faena. Dudaba de hacer el trabajo, pero al venir a mí con la misma proposición me decidió. ¿Quién iba a pensar que dos tipos tan diferentes entre sí pensasen en idéntico método para solucionar sus problemas?

# Nuestra Película

Sé que Amanda está por llegar. Estuve aguardando este momento desde hace más de treinta años. Imaginé este instante que se acerca. Planeé el encuentro. El escenario elegido es similar al de nuestra película favorita. Un largo camino, con un cielo nublado donde primarán los grises; los altos álamos espectrales, desdibujados por la niebla, darán marco a la escena. Yo recostado sobre un tronco imaginado, como lo hacía Joseph Cotten, en *El tercer hombre*. Y ella, una pequeña figura en la lejanía, se irá acercando hasta convertirse en la mujer que pasará a mi lado, como Alida Valli. Yo, que no fumo, encenderé un cigarrillo esperando verla pasar. Me vestiré, aun cuando no sea necesario, con un sobretodo como Cotten y un sombrero; acomodaré el ala, pero como lo hacía Humphrey Bogart al reafirmar su imagen de duro. Yo no imito ese modelo, yo soy y seré un duro.

La puerta vaivén, como aquella del bar en la estación, se estremecerá con su presencia. No significará una escena de abandono, como en la legendaria película, sino que hoy será un temblor, que avisará su llegada. Recrearemos otra película. Una nuestra, una que nos encontrará en este camino gris y neblinoso; lugar de sombras, lugar eterno de las ánimas. No habrá una Alida Valli que pase a mi lado para irse, habrá una Amanda que vendrá para quedarse. No escucharé el taconeo del caminar de la Valli.

Amanda se desplazará como gacela; seguramente como lo hacía con sus pies de plumas, silenciosos, con esas zapatillitas de bailarina que usaba y que al aparecer sin hacer ruido, tanto me asustaba. Yo siempre alerta, con mi revólver Orson Welles, temiendo dañarla, como la última vez que nos vimos, cuando Amanda frente a mí se paró gritando:

-¡Basta!

La puerta se estremece. La presencia de Amanda irradia luz al infinito y lúgubre camino. Me parece sentir el perfume, su perfume. Es Amanda. Es mi Amanda que está nuevamente a mi lado. Imito al protagonista de nuestra película elegida, canturreo el *dan dan, dám... dán, dadám...*

Y vuelve, el Orson Welles... Con un seco sonido me traspasa.

# GÉNESIS

Se trataba del primer colombiano en viajar a través del tiempo, lo cual se constituyó en la gran noticia que paralizó al país, entre otras cosas, porque aquel valiente pionero se arriesgaría a donde ningún otro ser humano se había atrevido, volver hasta el mismo origen del mundo, cuando el hombre erguía su espalda, aprendía a manejar sus extremidades y de su garganta empezaban a salir construcciones diferentes a los gemidos y gruñidos. Su propósito fundamental era atestiguar y documentar la evolución del homo sapiens. La ingeniería nacional, ostentaba la primera máquina del tiempo, hecha con recursos, materiales y talento colombianos, no era para menos la emoción. El Señor Presidente de la República, en un emotivo acto protocolario, condecoró al crononauta, le entregó el pabellón tricolor y leyó un poético discurso, en donde destacaba las mejores virtudes patrias y le deseaba mucha suerte en este nuevo empeño de llevar el nombre de la nación a las más “altas (y en este caso antiguas) cimas”.

La nave temporal, se limitaba a una especie de silla mecedora, con un panel de controles encubierta por una esfera de cristal. Fue instalada cerca del caño Cristales, el río de siete colores, en plena Serranía de la Macarena, sitio que según los estudios geológicos, era uno de los más antiguos del planeta. El hombre cuya entrada a su medio de transporte, era transmitida por la red de televisión nacional a todos los rincones del país, instintivamente se persignó y luego hizo la señal de la victoria, acompañado de un “Viva Colombia” que se propagó como eco. Presentes y espectadores a distancia, repitieron la cuenta regresiva. Lo que sucedió después, nadie lo entendió, ni siquiera los especialistas, contratados como comentaristas radiotelevisivos, por la sencilla razón que nadie a ciencia cierta sabía como debía ser un viaje hacia el pasado. No hubo grandes explosiones ni llamativas luces, un corto y agudo sonido que se extinguió de la misma forma como se desinfla un globo. La esfera permanecía en el mismo lugar, pero en su interior ya no había nadie. Ante el silencio de comunicadores y científicos, los encargados de la transmisión cerraron la emisión con los acordes del Himno Nacional.

El hombre apareció de repente en el jardín, la amnesia temporal, propia y normal de los largos viajes, lo rodeaba como los arbustos. Su traje de licra tenía un ligero olor a quemado, el reloj en su pulsera no daba más la hora, pero por la posición del sol debía ser medio día. Cuando comenzaba a recuperarse, y recordar los detalles de su misión, gracias en parte a la limpia atmósfera, vio a dos homínidos que recolectaban frutas en una canastilla hecha de hojas de plátano. Los nativos, estaban completamente desnudos, lo que le hizo reflexionar en la comodidad de la libertad. La sorpresa fue mutua, pero también la simpatía y curiosidad. El crononauta colombiano para probar que venía en son de paz, tomó un fruto de un árbol que estaba cerca y acercándose a la pareja lo ofreció. La mujer fue quien primero aceptó el presente reprimiendo el instintivo miedo, habiéndolo probado lo pasó a su compañero, quien al parecer dudaba de aquel extraño ser, pero ante la insistencia de ella, también mordió el fruto, encontrándolo verdaderamente exquisito.

En ese momento, las nubes en el cielo parecieron hacerse a un lado, dejando ver un remolino de luces y colores; el viajero temporal pensó que podía tratarse de una expedición del futuro que venía en su ayuda. Sin embargo, el único ser que traspasó el fenómeno atmosférico fue un mensajero alado, un ángel quien portaba una espada de fuego, dispuesto al castigo. Fue ahí cuando el viajero del tiempo, que había regresado al génesis, pudo recordarlo todo.

**Tusitalia.**

**Ediciones El Salvaje Refinado**

[www.elsalvajerefinado.com](http://www.elsalvajerefinado.com)

y

[www.salvajerefinado.com](http://www.salvajerefinado.com)